

LA JUVENTUD DEL PERDÓN PREGONA SU AMOR POR EL LUNES SANTO

El viernes 27 de diciembre de 2019, la Cofradía del Perdón escribió una nueva línea en la historia de los jóvenes nazarenos. Ese día, festividad de San Juan Evangelista, patrón de la Juventud Cofrade, se celebró el *I Pregón de Exaltación de la Juventud Cofrade*, a cargo del Doctor en Historia del Arte, D. Álvaro Hernández Vicente, y organizado por la Vocalía de Juventud del Perdón. Un acto pionero en la ciudad de Murcia en el que el joven pregonero pronunció las siguientes palabras:

I PREGÓN DE EXALTACIÓN DE LA JUVENTUD COFRADE

Buenas noches y muchas gracias por esta oportunidad, la de estar en la parroquia del barrio más castizo de Murcia, pronunciando este Pregón de Exaltación de la Juventud Cofrade de la Cofradía del Perdón.

Buenas noches, murcianos, cofrades y cristianos. Buenas jóvenes cofrades. Mirad ahí. ¿Acaso cabe más gloria en un solo pestañeo? De oscuro se viste el paraíso, el sol de rojiza sangre, y al pie del Salvador, María en dolores se deshace. Ahí está a su lado, firme y erguido, su Discípulo Amado, roto en llanto y desgarrado. Mirad a Cristo que, viendo que su vida se apaga, pronuncia palabras tales, para que no se quede solo nadie. Mujer, ahí tienes a tu hijo; hijo, ahí tienes a tu madre, qué legado más preciado, qué honor tan grande, que el mismo Dios en la tierra te preste a María de madre.

Mirad a San Juan, el que durmió en su regazo, el que al pie de la cruz no dejó de mirar al cordero enclavado. El que apresurado, bañado en lágrimas, señalaba el camino del Calvario. Que seas tú, discípulo amado. Que seas tú el que señale mi camino. El que escriba el evangelio de mi vida, un evangelio que sirva de palabra a los que me miran y de ejemplo a los que conmigo tratan.

Resulta como poco, bastante curioso, proclamar un pregón cofrade en plena Navidad. Pero San Juan, Patrón de la Juventud Cofrade tiene la última palabra. Él mismo nos lo cuenta al comienzo de su Evangelio: *"Cuanto ha sido hecho en él es vida y la vida es la luz de los hombres"*. Todo tiene sentido. La misericordia de Dios ha descendido, se ha hecho carne por nosotros y nos ha hecho partícipes de su salvación, iluminando nuestro sendero. "El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz." Una gran Luz que se alzarán en la Cruz, se levantará como un faro en la tempestad, destruyendo las cadenas y rescatándonos de las garras de la muerte.

María es el referente que necesitamos. Su vida completa fue un sí. *"Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí"*. Aquí estamos, hágase en nosotros. Si os habéis fijado alguna vez, la Anunciación de María siempre se representa, en el arte, en el interior de

una estancia cerrada. Una estancia cerrada que nos representa a cada uno. María es importunada por Dios. Pero ella, abre las puertas con un sí. No se encierra.

Cuántas veces, Señor, llamabas a mi puerta y no te abrí. Cuántas, Señor, pasabas las noches en el umbral, mientras yo creía calentar con unos troncos de leña aquella estancia congelada y oscura. Cuántas veces, tocabas la aldaba y yo, como Lope de Vega, respondía: *"mañana le abriremos, para lo mismo responder mañana"*. Miremos a María. Toda su vida se vino abajo, los planes de adolescente se deshicieron, los esquemas se le rompieron, pero aquel plan era más grande que todos sus anhelos. Aquella joven, asustada por el anuncio del Ángel, se puso en camino sin mirar atrás, sin pensar en las consecuencias. Pongámonos en camino, pues la gloria de Dios será palpable como dice el salmo: *"oh Dios, tú me has enseñado desde mi juventud, y hasta ahora he anunciado tus maravillas"*. Dios nunca defrauda, Dios nunca decepciona. Dios lo puede todo. Ya lo dijo Juan Pablo II: *"Dios siempre puede más, el amor vence siempre, aunque en ocasiones, en sucesos, pueda parecernos impotente, así parecía Cristo en la Cruz, pero Dios siempre puede más"*.

Afirmaban los antiguos que la juventud era la etapa más perfecta de la vida, la edad de oro. Tan ambicionada, que tantos buscaron por el mundo la ruta de El Dorado, y otros tantos españoles navegantes afirmaban haber encontrado la fuente de la eterna juventud en la península de La Florida bañada por el mar Caribe. *"Juventud divino tesoro, ya te vas para no volver"*, lamentaba Rubén Darío en su *Canción de Otoño en Primavera*. Hasta en el ámbito cristiano Miguel Ángel esculpió a un David que reunía todas las virtudes intelectuales y físicas de la juventud. Desde la armonía a la fuerza. Desde el valor al intelecto. Desde la proporción a la simetría. Los griegos antiguos en su etapa más brillante solo representaron la juventud. Atletas y afroditas; heroicos, serenos y perfectos. Y es que la juventud representa una de las etapas más admirables del ser humano, representaba la máxima idea del bien. La juventud es el momento de crecer como humano, de conquistar el mundo en un suspiro. Es el momento de formarse y de no dejar que nada apague la llama que nos impulsa.

También la juventud es el momento de detenerse, mirar al cielo, y agradecer a aquellos que nos rodean el estar aquí esta noche; porque gracias a ellos conocemos a Dios. La Biblia lo repite en varios de sus salmos: *"como mis padres me instruyeron"*. De generación en generación. Ahora es nuestro momento, es el momento de recoger ese testigo heredado y en un futuro, lejano o no, poder ejercer la misma labor que hicieron ellos con nosotros. Y cuando llegue ese día, en el que aquellos queridos padres y aquellos entrañables abuelos que nos llenaban el buche con caramelos, monas, piruletas y huevos, marchen al Divino encuentro; que nos aflore en el rostro una sonrisa y en los labios un requiebro: Gracias. Gracias porque nos habéis enseñado lo que es el Amor que no pide ser amado. Gracias porque nos habéis dado el mayor

regalo de la vida, la fe que salva. Gracias porque, sin vosotros, el camino habría sido más difícil y la llegada al Gólgota no habría tenido cirineo. Gracias porque nos habéis proporcionado un seguro en tiempos complicados. Gracias porque nos habéis transmitido el sentido de la vida.

Los cofrades del Perdón tienen algo único y es que empiezan la semana por la punta. Ponen alto el listón en uno de los barrios más castizos de la vieja medina. Largas colas de fieles afloran por las puertas del templo que rinde honores a su Cristo del Perdón. ¿Perdón? Qué palabra más difícil. ¿Cómo se ama desde la Cruz? ¿Cómo puedo amar a aquellos que no me quieren? ¿Quién eres, Señor, y por qué mi amistad procuras, que aun colgado y desangrado, sigues amando a los que la vida te quitan? Dispensa mi osadía, pero quiero ser como tú. Quiero ser ese cofrade que continúe construyendo esta historia de amor sin medida. Quiero allanar el camino de esa catequesis que saldrá repartiendo amor y perdón por las calles de Murcia. Y es que hoy, no he venido a contaros lo que ocurre cada Lunes Santo ahí fuera. Hoy no he venido a analizar a esa parte de la juventud que afea la cara cuando le llega el olor a incienso. Hoy he venido a ser uno más con vosotros, a revivir desde mis recuerdos lo que ocurre en mí cada primavera, cuando se detiene ante la ventana ese Cristo que se tambalea envuelto en un rosal y un torrente magenta.

Murcia, vístete de azahar, que ya se escuchan los cerrojos de San Antolín abriendo sus puertas y mi impaciencia no tiene fin. Murcia, dale paso a la primavera, que quiero divisar los cirios en Trapería, acólitos agitando el incensario, nazarenos de camino a su penitencia, con sus capuces en mano y una sonrisa en los labios. Montones de murcianos recorriendo callejones; policías cortando el paso, mientras una banda de cornetas y tambores los escolta, abriendo el cortejo esperado. Los carritos ambulantes: pipas, globos y caramelos; amigos y familias buscando huecos; los tambores redoblando; y las notas de los que a la muerte, música le componen, en nobles y barrocas fachadas recalando.

La luna en el imafrente, mantillas, coronas y colgantes, rosarios tambaleantes con cuentas de plegarias en ruegos de devotos orantes. De la dulce muerte que, entre una Madre y un joven amado, expira un Cristo entre rosales, inspirando marchas y cantes. El aire que trae el Segura, las burlas de los tambores, las acequias y los bancales, los martillos de los traidores, los romanos de la tarima, los cingulos en el talle, los balcones rebosantes y el revuelo de las calles. En los labios, las promesas, y a las espaldas el viaje: la calle Angustias, el Luis de la Rosario, un lunes, un vermú y una sobrasada picante.

Déjame un hueco en tus calles, Murcia, que ya están aquí los estantes, que vienen por el Arenal las antorchas de los malhechores, y detrás, al final, el que el reloj nos

detiene, sumido en una guerra en la que la muerte creyendo robar la vida, muerte se dio a sí misma.

¿Qué paso es el que viene? ¿Qué estandarte es el que ha pasado? Mírelo. Ya está aquí el que perdona cuando todos le vuelven la cara, el que indulta clavado con tres cetros que de majestad lo visten. Ya todo es punto y aparte. Que el Sol muriendo en la tierra, dejó al sol mismo apagado. Que el mismo cielo a la tierra había bajado. Pero escuchad lo que ha hablado: "*Perdónalos, porque no saben lo que hacen*". Alma, recomponete y dime si bien he escuchado. Pregunta a ese varón dormido en el madero: ¿Quién eres tú, que absuelves a tus enemigos? Escúchame en tu sueño, óyeme sordo, pues mudo te grito.

Déjame un hueco, Murcia, que le quiero preguntar. ¿Cómo vas hija? ¿Estás cansada? ¿Tienes sed? Qué penitencia más grande para un alma tan pequeña. Aquí está la juventud, la savia nueva, la generación silenciosa que, con quietud, recorre Murcia en una promesa. ¡Ahí está tu padre! Dale caramelos. Recarga, madre, que siento el buche en cueros. Mira al Señor, que ya sale. Que una catequesis imparte, durmiendo por las calles de esta ciudad vibrante.

Cállate San Vicente, no prediques desde tu púlpito dominico, que la plaza escalofrió siente, y en silencio prudente, ve pasar congelado al Perdón, que entre rosales se extiende. Déjame mirar la calle, que Trapería no quiere ser competencia, que ya ha preparado una alfombra de seda para que pase su auténtica reina. Ay Soledad, que ha muerto perdonando, aquella vida que vos disteis, y hoy os arrebatan en llanto.

Corred que ya suenan las campanas, que Don Rafael llamando está a los cofrades con ganas. Acudid prestos, planchad túnicas y almidonad enaguas, besad un escapulario y recargad las estampas, que ya es la hora y por aquella rampa, por donde descienden sueños y desafíos, van a empezar a discurrir los ríos de aquellos que añoran todo un año, la estampa castiza de un barrio.

Mirad a la dama barroca. Más cristiana que la Giralda y más alta que ninguna. Cuatro conjuratorios preparados para la gran tormenta, evitando que se rasgue el velo del alma al paso del Redentor del ensueño magenta. Infame condena, que al Calvario condenó, a aquel que por Belluga prenden y que en San Antolín expiró. Ya llega el Señor, señora, que nada en la vida cuesta más desvelos e ilusiones, que esperar lo esperado, desnudo y clavado, en un madero florido, en la plaza del Esparto.

Murcia, déjame verlo, que ya llega en su trono, por Carrión Valverde tallado. Que cuentan, los que de esto saben, que los romanos de sus esquinas, a lágrimas vivas, han pillado llorando en su recorrido cuando al Señor han mirado. Murcia, déjame ir. Que

quiero ver el llanto en la plaza de San Antolín, que quiero sentir la emoción, de todos los que allí, a gritos, plegarias y cantos, buscan el final feliz.

Niño, dale a ese señor la estampa del Prendimiento, que su abuelo, en tiempos pasados lo portaba con valor y sentimiento. Hermano, dale una estampita a mi madre, que quisiera tenerla en casa, al lado de una llama que arde, junto a una foto de mi hermana que hace unos años, se marchó una tarde. Es el Señor de sus desvelos, el que sostiene sus batidas y levanta sus anhelos. El que ama sin medida y sin medida expira en el madero.

Murcia, hazme pasar que me impaciento. Eres una sentencia, que cumplida está en el templo, con un INRI como herencia y que al pueblo sirve como ejemplo. Los cuadros en sus bastidores sacados del Museo, en ventanas y balcones, mostrando que los antiguos ya evangelizaban al ateo.

Murcia, ábreme paso, que ya me cuentan que en San Bartolomé está rezando, bajo aquel centenario árbol que el cáliz le está mostrando. Están llegando noticias de que se lo llevan preso por Santa Gertrudis, y que latigazos le están dando, con el cutis ensangrentado ante un Romea que, pensando, se dice así mismo: *“No puede haber más Dios en un ser humano que, siendo Dios en la tierra, el cielo, a Murcia ha bajado”*. Dicen que a los dominicos llega cargado, mirando a su divina Madre y al Discípulo Amado. Ay, señores que al llegar al casino le han clavado y dos viles sayones, sudorosos y demacrados, levantan la gloria como si una custodia fuera el día del Corpus sagrado.

Déjame Murcia que respire. Que ya están fritas las torrijas, amasadas las monas de pascua y apartados los buñuelos. Que ya se huelen los pestiños, los dulces de leche frita y las yemas de huevo. Que ya el torno de las monjas de Santa Ana rueda que rueda, y en su remoto callejón, ya se puede endulzar la amargura de aquel Cordero que, manso, su vida por nosotros entregó.

Por favor, ¿qué paso es este? Que en el sexto sale quien el aire me arrebató. ¿La ha visto usted? ¿Va guapa? Que me han dicho que detrás del capuz sus ojos se clavan en el alma. ¿Me hace un hueco? Que lleva para mí veneno, antídoto y caramelo. Quién no ha soñado con unos ojos que se escapaban bajo un capuz, quién no ha leído esa sonrisa invisible cuando le han dado la mejor bolsa que tenía preparada para la procesión. Quién, en su sano juicio, no se ha enamorado una Semana Santa en un instante fugaz, en un encuentro que parecía eterno, bajo el sonar de la burla, la gente comiendo, los velones ardiendo y nuestro pecho latiendo buscando cura. Quién no ha visto nunca la procesión desde el lugar donde se enamoró, quién nunca fue a una recogida a sostener el capuz de quien nos da la vida. A quién no se le ha salido el

pecho, cuando esa persona tan querida, en confianza como en familia, nos ha invitado a salir con ella en su cofradía. Murcia, veneno de amor y antídoto para enamorados; que cuando la luna cae, casi llena, en la tarde de Lunes Santo, cientos de miradas furtivas se encuentran entre magentas vestiduras, suspiros y llantos. Qué tendrás, plaza de San Antolín...

Déjame, Murcia, pasar, que ya está el Obispo en su palacio, las peceras con sus socios, las monjas con su rosario y hace días que la Fuensanta salió de su Santuario. Déjame pasar, Murcia, que las sillas ya están en las calles, la arena apostada en los bordillos, ataviados los balcones, con granas y bordados escudillos, que siete coronas portan con el corazón de un rey querido. Que los árboles ya se han podado y las terrazas, llenas de mesas, se han despejado. Déjame pasar que ya se escuchan las marchas de José Vélez y ya se ven los pequeños estantes que, a imitación de sus mayores, custodian el paso.

Arriba ese Cristo, dicen en las varas. Los naranjos perfumando, los leones del casino llorando y aquella Virgen que corona la portada de Santo Domingo, con su Hijo en brazos rezando. Las bóvedas de la catedral retumbando, queriendo ser cobijo a ese caballero clavado. Carteles con nombres guardando sillas a su paso. *Kyries*, oratorios y quinaros; la calle del Pilar esperando a que vuelvan los ríos de cirios, que las calles han llenado, dejando el barrio vacío. Decidle a Pueyo que se asome, que ya viene aquella que la vida le salvó, ante aquel disparo infame. La Plaza de las Flores llena que, aun habiendo cenado, merece la pena la espera, porque no todos los días, por delante de la mesa, se ve pasar al Mesías, repartiendo perdón y sentenciando promesas. Las tiendas de Trapería apagadas, dando paso a la luz dormida, que orante, prendida, juzgada y clavada enciende los corazones tan solo con su mirada. Los patios barrocos retumbando, Jerusalén, el Evangelista, Mater mea, clarinetes y oboes que se cuelan por los ventanos, del alma entrecerrados, creando un nudo que no cabe en la garganta. Gente en la calle escuchando el llanto de la Magdalena que, agarrada a la madera, se desborda como en los candelabros la cera.

Abridme paso que quiero escuchar aquel cante que sale de la ventana que, entrecortado y quebrado, hace añicos el alma. Mirad la fachada, de aquella catedral amada, que a golpes de Cabo de Andas quisiera esculpir en su piedra su flagelada espalda. Déjeme pasar, señora, ¿no ve que unos desalmados coronan de espinas al que nos hizo hermanos? Que Belluga se ha vestido de lujo y boato, para que la muerte de la vida parezca tan solo un mal trago. Murcia no entiende de duelo, ni de luto ni llanto, que nos viste la pena como si fuera un cálido verano.

Déjeme pasar, por Dios le ruego, que saliendo están los que son causa de mi desvelo, ya está en la calle el que manda, el que su sangre suda, al que prenden por calderilla, condenan de forma injusta, cantar escucha al gallo bajo la luna, mientras unas cuantas

figuras, a oscuras y en penumbras, al pescador le preguntan: "*tú lo conoces, ¿no?, pues caminabas detrás suya*". Ya está en la calle el que, atado a su columna, recibe heridas por unos romanos con cascos de plumas, el que carga con nuestras culpas, el que arrastrando su Cruz aún nos ayuda, el de la verdad absoluta. Ya está aquí, señores, el que por la puerta no cabe. El que en un pobre pesebre nació, ya aparece entre tambaleantes andares. Se asoma el Cabo de Andas, se pone la capa Don Rafael y cuando todo parece empezar, se baja el capuz Diego Avilés. El señor ya sale a la calle, tras el aplauso el silencio, los cíngulos atados al talle y lágrimas hasta en los rostros más recios.

Señor del Perdón, en Murcia somos así, viniste del Malecón a morir con nosotros aquí. Pero algo te quiero decir, y es que yo te quisiera imitar como el más humilde aprendiz; y que a la hora de partir, Tú mueras en la Cruz, y yo me muera en San Antolín.

Álvaro Hernández Vicente
Pregonero de la Juventud Cofrade del Perdón 2019